

Sobre *La forja de una opinión pública. Leer y escribir en Buenos Aires, 1800-1810*

Javier de Navascués

Universidad de Navarra

ORCID: 0000-0003-2080-7349

Date of reception: 23/06/2023. **Date of acceptance:** 23/06/2023.

Citation: Navascués, Javier de. "Sobre *La forja de una opinión pública. Leer y escribir en Buenos Aires, 1800-1810*". *Revista Letral*, n.º 31, 2023, pp. 266-269. ISSN 1989-3302.

Funding data: The publication of this article has not received any public or private finance.

License: This content is under a Creative Commons Attribution-Non-Commercial 4.0 International (CC BY-NC 4.0) license.

[Pablo Martínez Gramuglia. *La forja de una opinión pública. Leer y escribir en Buenos Aires, 1800-1810*. Santiago de Chile: Ariadna, 2021, 298 pp.]

La opinión pública, concepto habitualmente relacionado con la teoría de la ciencia política, es el hilo conductor por el que transita esta monografía sobre la formación del público letrado en las postrimerías de la sociedad colonial del Río de la Plata. No son solo la comunicación política o la historia de la prensa los parámetros epistemológicos que guían este excelente estudio sobre la lectura como fenómeno cultural en la década anterior a los decisivos sucesos de mayo de 1810. En realidad, junto a un profundo manejo de fuentes primarias, Martínez Gramuglia se mueve con soltura por la historia de las ideas, la crítica literaria o la teoría de la comunicación. El resultado es una densa indagación sobre un proceso de construcción ideológica que resulta determinante para una de las mayores tradiciones culturales de América Latina¹.

Señalaba Habermas que la formación de las mentalidades modernas en el ámbito público se imbrica necesariamente con la

¹ La calidad del estudio, fruto de una investigación doctoral, ha sido reconocida al obtener el premio de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA) 2020 a la mejor tesis del bienio 2018-19.

aparición de la prensa. Como si respondiera a este aserto, el libro atiende a una estructura de cuatro partes que empieza con los orígenes de la primera prensa escrita en Buenos Aires y concluye con la aparición de un periódico que apoya la causa emancipadora. En la primera parte (“Lectores y lecturas de periódicos”) se desgranán los modos de lectura de una ciudad de cerca de cuarenta mil habitantes cuya población alfabetizada no superaba, en las estimaciones más felices, el diez por ciento. La desigualdad generada por los índices lectores nos sitúa en el origen de la élite letrada de Buenos Aires. A ese público se dirige el mensaje ilustrado de las primeras publicaciones periódicas hasta 1810: el *Telégrafo mercantil*, el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, y el *Correo de Comercio*. Ante la inexistencia de una producción editorial propia, el periódico reemplaza al libro, y en torno a él se genera el debate. Contrariamente a lo que se pudiera juzgar, la sociedad colonial no era ideológicamente homogénea. Así lo demuestran con su actuar algunos hombres de letras del periodo, como el sorprendente extremeño Cabello y Mesa, impulsor de polémicas periodísticas, a veces auspiciadas y preparadas por él mismo dentro de su periódico, el *Telégrafo...* No obstante, una misma dirección unificaba el proyecto de Cabello y de sus sucesores: a saber, la difusión de las “luces”, es decir, el conocimiento “útil” que serviría al progreso moral y material de los súbditos de Su Majestad en aquella alejada y pujante parcela del Imperio. Las noticias podían abarcar la salida y entrada de barcos en el puerto de Buenos Aires, pero también información sobre adelantos científicos, textos sobre educación moral o poemas de tema cívico. Por eso, aunque la materia principal de estas publicaciones se ajustaba a lo que hoy denominaríamos “prensa económica”, sus objetivos no se orientaban, al menos idealmente, hacia un tipo de lector especializado, sino que aspiraban a expandir su programa ilustrado entre el “pueblo” no letrado. Es complicado tener datos objetivos sobre el índice real de impacto de estas publicaciones, pero se deduce de la lectura documental que maneja Martínez Gramuglia cómo se esperaba que la prensa no solo se leyera, sino también se “escuchara” en auditorios más amplios (cafés, casinos, tertulias, etc.). Esto era, al menos, lo que intentaban algunos esforzados directores de periódicos y en esa tarea se intentaba atraer a los sacerdotes rurales (“intermediarios de lectura”), quienes desde los púlpitos y en las catequesis deberían sembrar el credo ilustrado como buenos servidores de la corona (53-58). De acuerdo con los modos de la Ilustración hispánica, se producía, pues, un desplazamiento de funciones en este grupo social, del que ya no se esperaba tanto (o no exclusivamente) la catequesis espiritual, sino la formación moral de buenos ciudadanos.

En medio de este panorama, cabe pensar en el espacio que podría ocupar lo que denominamos “literatura”. El capítulo 2 se

detiene en los modos de lectura del género más explorado en la prensa periódica dentro de los cauces genéricos tradicionales: la poesía. Aquí es inevitable la referencia a la “Oda al Paraná” (1801), composición fundacional de Manuel José Lavardén. Su análisis muestra cómo la exaltación de la realidad americana se concilia con la exaltación de la idea de modernidad económica dentro del proyecto imperial español. Ahora bien, lo más interesante, a mi modo de ver, de las páginas de Martínez Gramuglia reside en el relevamiento de las lecturas derivadas del poema: cómo y por quién es leído el poema de Lavardén. Más allá de las virtudes estéticas o políticas, importa fijarse en cómo es recibido, qué prejuicios alienta en una sociedad lectora menos homogénea de lo que pudiera pensarse. El mismo cuestionamiento del género, en una sociedad cuyo ideario dominante privilegia lo “útil”, repercute en las producciones poéticas posteriores. En este sentido, resulta muy sugestivo el análisis de las composiciones relacionadas con la exaltación de las virtudes patrióticas. Así, después de las invasiones inglesas, Pantaleón Rivarola recoge el testigo de la tradición épica y la ajusta a una métrica de arte menor con el fin de hacer su mensaje más “popular”.

La pregunta por quiénes escribían este tipo de textos nos conduce a la configuración del letrado porteño de la época. Bastantes sujetos procedían del clero, como había ocurrido en los siglos anteriores tanto en España como en la América virreinal, pero también había abogados, militares o comerciantes. Martínez Gramuglia se centra en tres individuos representativos de esta élite letrada y en cómo cada uno de ellos, a través de sus escritos, trata de transmitir una determinada representación de sí mismo, una figura de autor que marca su puesta en escena dentro del debate público. Eso es justamente lo que ocurre con el deán Gregorio Funes, que adopta la imagen de “sabio erudito”; Manuel Belgrano, o el letrado moderno, traductor de la cultura científica y política; y, por último, López y Planes, el poeta patriótico.

El cierre de época lo van a determinar los sucesos de mayo de 1810, provocados por el vacío de poder en la Península tras la invasión napoleónica. Nuevas publicaciones periódicas van a introducir un discurso que, solo en apariencia, se aleja completamente del núcleo ideológico del último decenio colonial. Entretanto, el poder virreinal se da cuenta de la importancia de contar también con una prensa adicta y, de hecho, funda periódicos afines. Pero, a la postre, es la Junta de Buenos Aires la que se impone su discurso en la opinión pública con la *Gazeta de Buenos Aires* (1810). Esta publicación nace como consecuencia de un objetivo político muy concreto que no es otro que la vertebración de un discurso autonomista que a la larga lleve a la autodeterminación. Su redacción se encomienda, por supuesto, a esos letrados criollos que habían aparecido en la década anterior, desde clérigos grises como Manuel Alberti a futuros padres de la patria

como Funes o Mariano Moreno. Mientras en la prensa anterior el atractivo para cierto público era estar al corriente de novedades comerciales, ahora la información política ocupa un lugar sustancial a bases de bandos, proclamas y decretos. Lo que resulta fundamental es ocupar el centro, convertirse en la voz oficial, erigirse en portavoz único de la opinión pública. La Junta se legitima a sí misma a través de la *Gazeta*, quien se encarga de construir una verdadera “didáctica” de la patria, puesto que. “se piensa y se escribe para la historia futura” (229).

Inspirándose en Koselleck, el autor parte de la idea de que la literatura del periodo se construye sobre una pulsión de futuro a partir del análisis del presente memorable y el pasado inmediato. Dicho de otro modo: el credo ilustrado estimula la formación de un paradójico “pasado futuro”. De ahí que los proyectos revolucionarios rompen con el orden anterior, pero este acontecimiento se entiende a partir de unos saberes virreinales de la Ilustración que predicaban el progreso científico, económico y moral, de modo que preparan el camino de la opinión pública en la etapa posterior a 1810. Eso sí, la evolución implica apertura a otros escenarios. De la misma manera que el letrado moderno sustituye al colonial, cuya memoria se va desgastando hasta desaparecer (191), Manuel Belgrano, -uno de los protagonistas del libro- postula que él y su grupo social están encaminados a eternizar la gloria pasada y presente de la ciudad mediante el estudio de las ciencias... y el ejercicio de las armas, consecuencia del uso ilustrado de la razón y épico camino al que han de abocarse los patricios porteños (266). Esta observación, por cierto, atañe a todos los planos discursivos analizados, incluida la poesía. Pocos años después de las fracasadas invasiones inglesas, evocadas en verso por poetas que se proclamaban fieles a la monarquía hispánica, la poesía obtendría su legitimación en la medida en que cumpliría una función pedagógica: ella exaltaría las mismas virtudes que sirvieron primero para combatir al inglés y después al español. Utilidad y patriotismo, por tanto, son valores que circulan en los primeros años del siglo XIX y que vuelven a operar, recontextualizados, en el discurso que domina la opinión pública después de 1810.